

25/01

Inscriben para los corsos

"A nosotros nos trajeron y tendrán que llevarnos"

Las recientes declaraciones del ministro de Bienestar Social, Alejandro Balut, de que "los isostenos tendrán que trabajar y procurarse un techo", revolvió la polémica, tanto en los medios oficiales como en la opinión pública, sobre la suerte de estos refugiados llegados a Salta hace exactamente cuatro años. Actualmente los que rechazaron las condiciones de trabajo en distintas zonas rurales de la provincia se encuentran albergados en el enorme hospital Arenales, ocupando las que fueran sus salas principales.

En el edificio, en el que funcionan también un honorario del departamento de Sanidad Ambiental del MBS y la sala de Geriatría del hospital del Milagro, están distribuidas 6 fármulas, que totalizan alrededor de 30 personas.

El Tribuno visitó el lugar donde año encontró a las mujeres y a los niños, porque "los hombres se fueron todos a Buenos Aires para hablar con el consejo", según sus palabras.

En un rincón, tras un roldo cartonario, están dispuestas las colchones sobre el suelo. La comida diaria se prepara en tarros sobre estufadoras eléctricas en el piso y sin conservar la más mínima norma de higiene; las provisiones mezcladas con la basura, nillas y restos con arroz se depositan sobre las escaleras de mármol, cuyos escalones presentan una pústula grisácea formada a lo largo de las horas.

Los vidrios están rotos y los armazones de las mantas son utilizados para tender la ropa. Los baños son presentados a varios metros de distancia por su fetidez, con sus sanitarios de apejado sarro. "Esto era pura basura cuando llegamos —expresaron— nosotros limpiamos un poco, pero no se puede mantener las cosas bien porque ni escobas tenemos".

Hablan muy poco castellano y muchas partes del diálogo fueron completadas con mimeca. Salvo los más chicos, ya criados aquí, los adultos se enfrentan con serios problemas de comunicación. "Nunca hemos tenido un traductor —manifestan—, y cuando nos enfermamos no podemos explicar qué nos pasa".

Desde la entrada, el lugar sufrece por la suciedad, el desorden y el mal olor. En las grandes salas las mujeres trabajan en rústicos telares, eufeciendo cubrecamas que luego los hombres venden frente al mercado municipal. Los niños participan activamente de las tareas. "Si no vendemos, no comemos —dijeron— a veces no hay ni arroz para los chicos".

Las promesas no cumplidas

La falta de una política apropiada para los refugiados llevó al entonces Gobierno de la Provincia a aceptar a estas familias, sin contar con la infraestructura necesaria para ofrecerles las condiciones que —según ellas— se les había prometido.

"Son todos unos mentirosos —aseveraron— el gobierno y las Naciones Unidas. Nos dijeron que nos iban a dar casas, con agua y luz y en realidad, nos mandaron al campo, donde los chicos tenían que tomar agua de la acequia".

Con respecto al trabajo, expresaron que "hemos trabajado en el campo y nunca se nos pagó lo que nos prometieron. El patrón nos decía, al segundo mes, que no había plata. Por eso no queremos trabajar".

Consultados sobre sus intereses, enfatizaron que su único deseo es "salir de este país, porque aquí son peores que los soviéticos, nos quieren hacer trabajar sin pago. Queremos irnos a otro país o volver a Laos, por lo menos morir en la patria". Finalmente, y advertidos

sobre la posible decisión de que desocupen el hospital, dijeron que "nos vamos a ir a las vías del tren y aunque sea caminando, vamos a dejar Argentina. Claro que nosotros no hemos venido solos, nos trajeron y así tendrán que llevarnos".

"Actitud belicosa"

El señor Ricardo Ramón Viera, obispo de la Iglesia Mormona, ha estado en estrecha relación con el grupo del Arenales. "Ellos están ahora —señaló— en una actitud belicosa hacia el asistente social de las Naciones Unidas y hacia las autoridades, porque no se cumplió con lo que se les prometió al llegar al país". El religioso puntualizó que los lansianos están muy comunicados con sus compatriotas refugiados en Estados Unidos, Suiza, Francia y están al tanto de las condiciones de vida de aquellos, que recibieron empleo, viviendas y educación. "Lo que ocurrió aquí —studió Viera— es que se empezo mal y ahora no se puede arrugar. No hubo traductores ni asistentes sociales que les permitieran integrarse. Allá en Laos el sistema social prevé que luego de

unos cuantos años de trabajar la tierra se les concede una parcela. Aquí ellos preguntaron, después de trabajar, si las tierras iban luego a pertenecerles y les dijeron que no. Y allí comenzaron los problemas. No se les pago lo prometido, que eran 200 dólares mensuales, y eso no perduran. A los chicos les pegaban en la escuela y jamás tuvieron, ya en el hospital, asistencia médica adecuada. Justamente yo los conocí a raíz de un diagnóstico mal elaborado. Hubo casos de personas derivadas al hospital neurosiquiátrico con diagnóstico de selsus de guerra cuando no correspondía, especialmente en el caso de las mujeres".

Con respecto a la negativa de trabajar que manifiestan los lansianos, Viera expresó que "esa es una raza acostumbrada al trabajo. Los chicos no tienen infancia, trabajan en telares hasta 12 horas por día; lo que ocurre es que no quieren transigir porque están muy desilusionados. Hay algunos que están en el campo y se puede comprobar que son muy laboriosos e higiénicos. Pero el grupo de la ciudad está muy aguerrido y ha entrado en el abandono".

En las salas del que fuera el hospital Arenales, más de 150 familias isostenas, algunos vecinos ya en Salta, conviven haciendo daños entre sí y ayudan a sus madres en los trabajos del hogar.



Las familias subsisten gracias al trabajo artesanal pues se niegan a trabajar en relación de dependencia porque "los patrones son unos mentirosos y nunca pagan".